

MONITOR DEL COMERCIO.

EL MONITOR

SE REPORTE

EN MADRID

todas las Jueves

POR LA MAÑANA,

Y SE REMITE

A PROVINCIAS

POR EL CORREO

FRANCO EL PORTE.

NADIE RECIBE

MAS DE UN EJEMPLAR

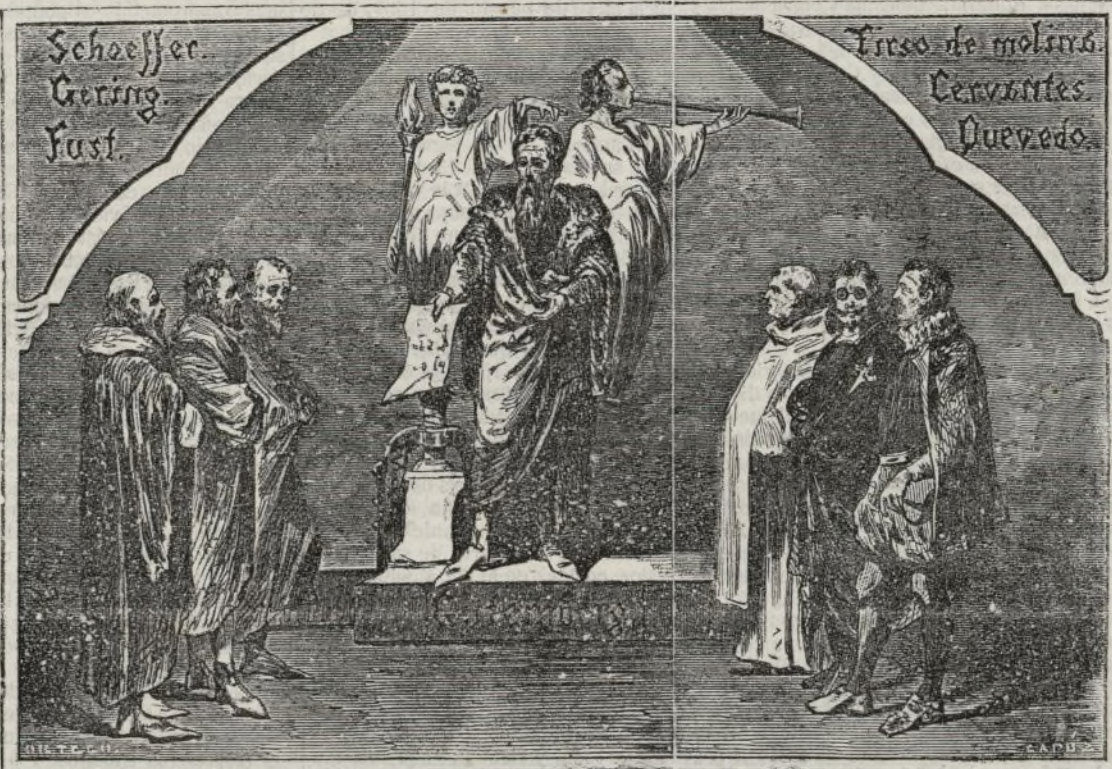
GRATIS

DE CADA NUMERO

aunque tenga

DERECHO A EL

POR VARIOS CONCEPTOS.



EL PRECIO

DE LOS ANUNCIOS

ES 25 CENTIMOS

cada 40 letras

PARA LOS QUE ANUNCIAN

PERIODICAMENTE,

4 50 CENTIMOS

PARA LOS DEMAS.

NO SE REPITE

EL ENVIO DE LOS NUMEROS

por ningun motivo

PORQUE SOLO SE TIRA

DE CADA UNO

los ejemplares necesarios

PARA EL SERVICIO.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, (1)

POR

DON MODESTO LAFUENTE.

CAPITULO PRIMERO.

SAN QUINTIN.

PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.

Llegamos a uno de los periodos de nuestra historia que han alcanzado mas celebridad entre nacionales y extranjeros, y de los que escitan mas la curiosidad pública. Y siendo para nosotros evidente que este reinado estuvo lejos de llevar ventaja ni en interés ni en grandeza a los de los Reyes Católicos y Carlos V. que le precedieron, en cuyo tiempo se realizaron los descubrimientos mas portentosos, las mas ricas y vastas conquistas, los mas heroicos y gloriosos hechos de armas, las reformas y mudanzas políticas de mas trascendencia é influjo en la condicion social y en el porvenir de la nacion española, creemos poder atribuir aquella singularidad al carácter especial, no bien definido ni facilmente definible, del monarca. De aqui los encontrados y opuestos juicios que desde su época hasta la nuestra han seguido haciéndose del hijo y heredero de Carlos de Austria. Todos aquellos que, o por cálculo o por genio, han acertado a envolver su conducta en cierta sombra de misterio, asi como gozan del privilegio de mantener viva una curiosidad no impertinente, sino muy natural al hombre, de suyo dado a querer penetrar arcanos, quedan tambien sujetos a sufrir esta vaguedad y contrariedad de juicios, hasta que el tiempo, las investigaciones, el espíritu de examen, y a veces la casualidad, descubriendo la relacion y las combinaciones de unos y otros hechos, suelen revelar hasta las intenciones mas íntimas y los mas ocultos propósitos y designios. No nos aventuraremos a afirmar que los de Felipe II sean ya tan conocidos como fuera de apetecer, pero podemos asegurar que muchos de sus misterios han dejado ya de serlo.

En los últimos capítulos del precedente libro hemos dado ya cuenta, guiados por los mas irrecusables comprobantes, los documentos auténticos, de la educacion física, literaria y política del príncipe don Felipe en su infancia y en su juventud; le hemos considerado como regente de España a nombre y durante las ausencias de su padre; le hemos visto enlazarse sucesivamente en matrimonio con dos prínci-

sas extranjeras; le hemos seguido en sus viajes a Inglaterra y Flandes, y observando su conducta política en aquellos estados; hemos informado a nuestros lectores de como, por sucesivas abdicaciones del emperador su padre, le fue sucediendo en vida en todos sus reinos, estados y señoríos, a escepcion del imperio.

Aun desmembrado el imperio de Alemania de la herencia de Carlos V., quedaba todavia su hijo Felipe el soberano mas poderoso del mundo. Porque él poseia en Europa los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, los de Nápoles y Sicilia, Milan, Cerdeña, el Rosellon, las Baleares, los Países Bajos y el Franco-Condado; tenia en las costas occidentales de Africa las Islas Canarias, y se reconocia su autoridad en Cabo Verde, Orán, Bugia y Tunez; en Asia las Filipinas y una parte de las Molucas, y en el Nuevo Mundo los inmensos reinos de Méjico, Perú, Chile, y las vastas provincias conquistadas en los últimos años de Carlos V., además de Cuba, la Española y otras islas y posesiones de aquel grande hemisferio. Su matrimonio con la reina de Inglaterra ponía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino. De modo que no es extraño se dijese que jamás se ponía el sol en los dominios del rey de España, y que al menor movimiento de esta nacion temblaba toda la tierra.

¿Correspondia el bienestar y la prosperidad interior al poder de fuera y a la estension de los dominios? ¿Estuvo en armonia el acierto en la gobernacion con la magnitud de los estados? Esto es lo que nos irá enseñando la historia, y lo que vamos a comenzar a ver desde los primeros capítulos.

Dejamos a Felipe II. en Flandes en el primer año de su reinado (1556), y al tiempo que su padre partia para el retiro de Yuste, sufriendo los efectos del odio enconado é injustificable del papa Paulo IV. y de su sobrino, el intrigante cardenal Caraffa. A Carlos de Austria y a su hijo, empeñados aquellos en arrancar al rey de España el dominio y posesion del reino de Nápoles. La tregua de Vaucelles, que el pontífice se habia visto forzado a pedir al ver al enérgico y severo duque de Alba con el ejército español a las puertas de Roma, solo duró hasta que, envalentonado otra vez con los socorros de Francia, dió de nuevo suelta a su mal comprimido rencor contra Felipe, y creyó podia renovar con ventaja la guerra. Las sugestiones de los Caraffas al monarca francés, no habian sido infructuosas, y movido aquel soberano de su antigua rivalidad a la casa de Austria y del aliado de la particion concertada de su codiciado reino de Nápoles, envió a Italia en auxilio del pontífice al duque de Guisa con un ejército de veinte mil hombres de sus mejores tropas. Grande ánimo cobró el anciano Paulo IV al saber que un general de la reputacion y fama del de Guisa marchaba sobre Turin, franquaba denodadamente los Alpes en la aspereza y rigor del invierno (enero y febrero, 1557) se apo-

deraba de pasos y plazas mal guarnecidas por los españoles, y avanzaba confiadamente a Roma, mientras los españoles se concentraban para defender las fronteras de Nápoles. Y cuando llegó a Roma hizo el pontífice un recibimiento triunfal, que hubiera cuadrado mejor a quien hubiera terminado felizmente una campaña que a quien iba a comenzarla y no podia responder de su buen éxito.

Y así fué que no tardaron en bajar de punto las magnificas ilusiones de los aliados contra el rey de España; porque ni el de Guisa halló el calor que esperaba en los duques de Ferrara y de Florencia, ni las fuerzas pontificias correspondian a lo pactado, ni menos a lo que Caraffa habia prometido, comenzando aquel a conocer lo poco que podia esperar de débiles aliados; ni el pontífice y los suyos vieron en las primeras operaciones del francés lo que la fama de su valor y la celebridad de su pericia los habia hecho aguardar. Llevó el de Guisa su ejército a Civitella del Tronto, ciudad de alguna consideracion en la frontera de Nápoles, y puso sitio a la plaza (24 de abril, 1557). Por esta vez no dió resultado ese primer ímpetu tan temido de los franceses. Defendiéronse los sitiados con vigor, y acudiendo luego del Abruzzo el duque de Alba con su gente, obligó al de Guisa a levantar el sitio al cabo de tres semanas, y a retirarse sin fruto y sin gloria (mayo, 1557). Siguió en su retirada el general español, escaramuzando siempre y molestándole sus tropas. Al pasar el francés el rio Tronto, muchos capitanes napolitanos y españoles escitaban al de Alba a que batiese en forma al enemigo: negóse a ello con mucha prudencia el español, y mas prudente anduvo todavia cuando el de Guisa, pasado el rio, y elegidas posiciones, lo brindaba a la batalla. Eludiéndola con mucha habilidad, y sin necesidad de arriesgar su gente, dejaba que las enfermedades fueran diezmando el ejército francés, que el de Guisa se quejara al pontífice y reconviniere al cardenal Caraffa por el papel indigno de su nombre que le obligaban a hacer con sus miserables recursos despues de tan pomposas ofertas, y entretanto los españoles no cesaban de hacer correrías al territorio pontificio, de tomar los lugares flacos ó descuidados, y de poner en continua alarma al gefe de la Iglesia.

El resultado de esta campaña, tan arrogantemente emprendida por los aliados, fué que el de Guisa, desengañado de las pomposas ofertas del príncipe y los Caraffas, exigia a estos que las cumplieran so pena de abandonarlos, y pedía a su corte, ó que le enviara refuerzos ó que le mandara retirarse; y el papa, con todo su odio a Felipe II, al ver el ningun progreso del ejército auxiliar francés, hubiera de buena gana pedido la paz si los Caraffas sus sobrinos no hubieran impedido a los cardenales proponerle los medios convenientes para alcanzarla.

Mientras en Italia marchaba así la guerra con ninguna ventaja para el pontífice y con ningun crédito

(1) Véase el anuncio inserto en la plana cuatro.

to para el de Guisa, el rey don Felipe en Flandes, tan pronto como vió el rompimiento de la guerra por parte de los franceses, habíase propuesto hacerla por la suya con todo vigor, y mostrar á los ojos de Europa que quien había heredado los señorios de su padre en vida sabría ser un digno sucesor de Carlos V. Al efecto, con la actividad de un joven que desea acreditarse, envió sus capitanes á Hungría, Alemania y España á levantar cuerpos de infantería y caballería, sin perjuicio del llamamiento general á las armas de sus súbditos flamencos. Despachó también á Ruy Gomez de Silva á España con plenos poderes para que sacase dinero y recursos á toda costa; y no contento con esto, pasó él mismo en persona á Inglaterra con propósito de decidir á la reina María su esposa á ayudarla en la guerra con Francia. Fué en esto tan mafioso y afortunado Felipe, y conservaba tanto ascendiente con la reina, que no obstante las prevenciones del pueblo inglés contra él, y el opuesto dictamen del consejo privado de la reina á comprometerse en una guerra con Francia, á los tres meses de su permanencia en aquel reino volvió á Bruselas (fin de junio, 1537) con la satisfacción de contar con un cuerpo de ocho mil auxiliares ingleses, que mandado por el conde de Pembroke se había de incorporar al suyo de los Países Bajos. A su regreso á Flandes activó con el mayor calor los preparativos de la guerra, y nombró general en jefe del ejército á Filiberto Manuel, duque de Saboya, que tan ventajosamente se había distinguido por su inteligencia y valor en las últimas campañas del emperador su padre.

A propuesta y persuasión de los capitanes españoles, y oído sobre ello el consejo, y muy especialmente el parecer del virey de Sicilia don Fernando de Gonzaga, cuya opinion, por su mucha experiencia en las guerras con franceses, era siempre muy respetada y atendida, se determinó poner sitio á San Quintín, plaza muy fuerte y considerable, fronteriza de Francia y los Peíses Bajos, la cual se hallaba un tanto desguarnecida por creerse casi inespugnable, y de tanta importancia que entre ella y París había muy pocas ciudades fortificadas. Mas para encubrir este plan al enemigo y llamar su atención hacia otra parte, se acordó abrir la campaña por el lado de Marienburg, ciudad de Flandes que poseían los franceses, y á la cual se dirigió el de Saboya con el ejército desde Bruselas (13 de julio, 1537). La maniobra surtió todo el buen efecto que con ella se proponía y buscaba el general de Felipe II. Toda Francia se movió á socorrer la plaza de Marienburg amenazada y sitiada por los españoles. Figuraba el de Saboya no poder impedir que entraran en ella refuerzos, y cuando vió que había conseguido llamar allí la atención y las fuerzas de Enrique II. de Francia, á los ocho días de sitio levantó de repente del campo, y torciendo á la derecha avanzó á marchas forzadas hasta ponerse delante de San Quintín, dejando á todos sorprendidos con evolucion tan inesperada. Al día siguiente cayó en poder de los capitanes españoles Julian Romero y el maestre de campo Navarrete, los mismos que habían aconsejado el sitio de San Quintín, el burgo ó arrabal, que constaba de unas cien casas y estaba defendido por fosos y bastiones. Desaparecida como se hallaba la plaza y con poca guarnicion, se hubiera tomado en pocos días á pesar de su natural fortaleza, si el almirante de Francia Coligny, al verla en tan inminente riesgo, no hubiera tomado la valerosa resolucion de lanzarse atrevidamente dentro de ella, bien que perdiendo la mayor parte de su gente, para dar aliento á sus escasos defensores.

El rey Felipe II. que había salido de Bruselas el 28 de julio, andaba alternativamente entre Valencienas y Cambray, dando calor á las cosas de la guerra, y disponiendo la incorporacion de la division inglesa mandada por Pembroke al ejército del duque de Saboya. Por su parte el almirante Coligny, conociendo todo el riesgo en que se hallaba la ciudad, instaba y apremiaba al condestable Montmorency su tio á que acudiera con su ejército en socorro de los sitiados de San Quintín. Hizolo así el condestable de Francia avanzando desde La-Fere con diez y ocho mil hombres y diez piezas de artillería, y llevando consigo una gran parte de la nobleza francesa. Adelantóse Andelot, hermano del almirante Coligny, con mas intrepidez que prudencia, y aunque él logró penetrar en la plaza con unos quinientos de las mas esforzados, pereció la mayor parte de su division, y comprometió el resto del ejército, introduciendo la confusion en sus filas. Aprovechando aquella oportunidad el joven duque de Saboya con la pericia y presencia de ánimo de un gran capitán, destacó toda su caballería á las órdenes del duque de Egmont, mientras él seguía detrás al alcance con la infantería, y de tal manera acosaron á los franceses en su retirada, que rompiéndoles y desbaratándoles y sembrando por el campo el estrago y la muerte, ganaron una de las victorias mas completas que se leen en los anales de las batallas. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency y su hijo menor, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Saint-André,

el principe de Mantua, y hasta otros trescientos caballeros de distincion, con cinco mil soldados tudescos: murieron sobre cuatro mil franceses: quedó en poder de los vencedores toda la artillería, á escepcion de dos piezas, con cincuenta banderas, veinte de franceses y treinta de tudescos. La pérdida del ejército del rey de España no pasó de ochenta hombres. Fué esta memorable victoria el 10 de agosto de 1537, día de San Lorenzo.

La nueva de este gran triunfo llenó simultáneamente de terror y espanto á los habitantes de París, que ya se figuraban ver al enemigo á las puertas de la capital, y de satisfacción y júbilo al rey don Felipe que se hallaba en Cambray. Al día siguiente partió para incorporarse á su ejército, y el 13 de agosto se asentó el pabellon real en un valle á la vista de San Quintín. Dicese que el duque de Saboya manifestó al rey ser de dictamen de que se levantara el sitio y se marchara rápidamente sobre París, fundado en que no había fuerzas que pudieran oponerse á su marcha, y tal vez á la ocupacion de la conestada capital, y que Felipe, ó menos resuelto ó mas prudente, no juzgó oportuno aventurar un paso que pudiera comprometerle, atendidos los inmensos recursos de que aun podía disponer la Francia, y prefirió la ventaja menos brillante pero mas segura de apoderarse de la plaza que tenia delante. Adoptada esta resolucion por los caudillos del ejército, hizo el rey intimar la rendicion al almirante Coligny y á los moradores de la ciudad, bajo la palabra de dejarlos ir libres y aun de hacerles merced. Y como la respuesta del almirante de Francia fuese tan enérgica como era de esperar de su acreditada entereza y valor, comenzó al día siguiente (14 de agosto) á batir la plaza con todo genero de armas y proyectiles. La defensa que hizo Coligny fué digna de su reputacion militar, y ella acabó de colocarle en el número de los mayores y mas famosos generales de su siglo. Pero érale imposible resistir á los reiterados ataques de un ejército de cincuenta mil hombres, entre españoles, ingleses, alemanes y flamencos, bien provistos de todo, y alentados con una tan brillante y reciente victoria. Al fin, rota por unas partes la muralla y minada por otras, dióse el asalto general, y fué entrada y tomada la ciudad (27 de agosto, 1537), con gran mortandad de hombres, niños y mugeres, en que se cebaron cruelmente los soldados, y cayendo prisioneros el almirante Coligny, su hermano Andelot, y otro hijo del condestable de Francia.

Al siguiente día hizo su entrada Felipe II en la destruida ciudad; ordenó que cesara el incendio puesto por los soldados, para que no acabara el fuego de devorarla; limpiar las calles y los templos de los cadáveres y de los caballos muertos y de las inmundicias que infestaban su recinto, hacer un recuento ante su secretario Eraso de todos los franceses prisioneros para enviarlos á diferentes lugares fuertes; y dedicóse el resto de aquel mes y el siguiente á reparar las fortificaciones de la ciudad que su mismo ejército había destruido, para lo cual, entre otras medidas, mandó cortar todo el arbolado de su fértil campiña. Despachó algunos generales con sus divisiones para que se apoderaran de otras villas y fortalezas del país. El conde de Aremberg, flamenco, batió con treinta y cinco piezas y tomó el fuerte de Chatalet, y el duque de Saboya rindió y se hizo dueño de la ciudad y fortaleza de Ham, y de multitud de caballeros franceses que dentro de ella había (setiembre, 1537). Felipe II, aun despues de conquistada y fortificada San Quintín, no creyó prudente internarse mas en el corazón de la Francia, porque sabía las enérgicas y vigorosas medidas que para la defensa de su reino había tomado el rey Enrique II en el tiempo que el monarca español había invertido en el ataque y rendicion de aquella ciudad. Y así, dejando encomendada la guarda y defensa de San Quintín al alemán conde Abresfem con cuatro mil hombres y con algunos capitanes y compañías españolas, dió la vuelta á Bruselas (12 de octubre), donde había mandado juntar los estados de Flandes.

Felipe sin duda no había olvidado los arranques de energia del pueblo francés para la defensa de su territorio, de que había dado tan señaladas pruebas en las diferentes ocasiones que le invadió el emperador su padre, y de cuanto esfuerzo era capaz para desenvolverse y mantener su integridad é independencia en los conflictos y casos mas apurados. Por lo mismo, si inmediatamente despues de la derrota del ejército del condestable, y en el momento critico de hallarse la Francia sobrecogida de temor y de espanto, creyó no deber provocar la exasperacion de un pueblo impetuoso, marchando hacia París como algunos le aconsejaban, había sido mucho mas inconveniente despues de la conquista de San Quintín, cuando Enrique II había tenido tiempo para tomar las siguientes vigorosas medidas de defensa. Había excitado el espíritu de nacionalidad en la nobleza y en la juventud del reino, y ordenádola empuñar las armas bajo el mando del duque de Nevers en Picardía; había llamado del Piamonte el ejército francés del veterano Brissac; había solicitado del turco le socorriese con

su armada; había provocado á los escoceses á invadir la Inglaterra para distraer á esta nacion y que no pudiera ayudar mas á Felipe, y por último, había enviado repetidas y urgentísimas órdenes al duque de Guisa para que á la mayor brevedad acudiese con todo el ejército de Italia.

Esta última disposicion colocaba en la situacion mas comprometida al pontífice Paulo IV. que sin el auxilio de los franceses quedaba imposibilitado de resistir al duque de Alba. Así el enconado enemigo de Carlos V. y de Felipe II., el que había provocado la guerra para arrancar el reino de Nápoles del dominio de España, el que había querido sentenciar en pleno consistorio á Felipe y lanzar el anatema de la Iglesia contra el padre y el hijo, despues de desahogarse en amargas quejas contra el de Guisa por el abandono en que le dejaba, se vió obligado á solicitar la paz y á buscar mediadores para obtenerla. Por fortuna suya, Felipe, que siempre había sentido tener que hacer la guerra al papa, lejos de abusar de su ventajosa posición, acogió sus proposiciones de paz, en cuya virtud se juntaron en Cavé para tratar de las condiciones de ella el duque de Alba, virey de Nápoles, por Felipe, y el cardenal Caraffa, sobrino y representante de Paulo IV. Los capitulos en que al fin se convinieron distaban mucho de ser tan favorables al rey de España como podía esperarse de la necesidad en que se veía el pontífice. Renunciaba, si, Su Santidad á la liga con el rey de Francia, y se comprometía á mantenerse estrictamente neutral entre los dos soberanos. Pero el duque de Alba á nombre del rey Felipe, había de impetrar perdón de Su Santidad por la ofensa de haber invadido los dominios eclesiásticos, con cuyo acto seria reconocido Felipe como hijo de la Iglesia y participante de sus gracias lo mismo que los otros principes cristianos. Que restituiria el rey católico á Su Santidad las plazas que le hubiera tomado durante la guerra. Que de una parte y de otra se perdonarían los agravios, y se devolverían mutuamente los honores, gracias, dignidades ó jurisdicciones de que se hubiera privado á sus respectivos súbditos. Y á los capitulos públicos del tratado se añadieron otros secretos relativos á las pretensiones de Caraffa al ducado de Paliano y á los demas dominios de los Colonnas.

Con arreglo á las condiciones de este pacto, que parecia mas bien impuesto por el débil que dictado por el poderoso, pasó el duque de Alba á Roma (19 de setiembre, 1537); recibió el pontífice con toda pompa y solemnidad al que tanto por escrito le había ultrajado; besó el orgulloso general español humildemente el pie é impetró el perdón del que tanto había ofendido á su rey y señor; y con tan extraño desenlace, que con el tiempo había de ser trascendental á España, concluyó la guerra tan furiosamente emprendida entre el papa Paulo IV. y el rey católico Felipe II.

(Se concluirá.)

LAS NOCHES DE ESTIO.

CUARTA NOCHE.

(Conclusion.)

Pasaron cinco años. Con la devoradora actividad de la vida de París, había yo perdido enteramente el recuerdo de mi primo Riquier: á mi madre le escribía una carta cada seis meses. Había prosperado mas de lo que imaginaba; la empresa en que estaba como ingeniero principal adelantaba diariamente y su fortuna se iba aumentando en proporciones considerables. Debe decirse que no olvidó á su madre; desde el primer año le envió la cantidad necesaria para volver á adquirir la posesion paterna, y la parte de su sueldo que á la madre le había reservado, la bastaba á esta ámpliamente para pasar una vida decorosa. Desgraciadamente no la disfrutó mucho tiempo; porque una lenta enfermedad, adquirida á causa de las privaciones de toda clase que se había impuesto, la llevó al sepulcro tres años despues de marchar su hijo; mas sus deseos fueron escuchados, él había conseguido su objeto.

Un día me dijo mi madre que aquella misma mañana había recibido una carta de José en la cual le anunciaba su casamiento con la hija del director de la empresa, que había llevado en dote ocho lagos de rúpias: esta fué la espresion de aquella carta que mas eco me hizo; tuve la curiosidad de saber á cuanto ascendía en nuestra moneda y me fué preciso leer por dos veces la carta para asegurarme de que no había equivocacion: el valor de la rúpia es de dos francos y cincuenta céntimos y el lago vale cien mil rúpias; la esposa de mi primo José había llevado dos millones de francos.

—Debe ser vieja ó fea, le dije á mi madre.

—No, me contestó. Por el contrario me dice que es joven y bonita, y pronto sabremos á que atener-

nos, porque se propone venir á París con ella para restablecer su salud.

Al cabo de algunos meses una carta de Marsella nos anunciaba su llegada: dentro de tres días estaba en París.

Mi madre estaba muy contenta con semejante novedad y aprovechó la ocasión para volver á su tema favorito. Tenía yo veinte y cinco años y debía pensar en casarme. Pero yo que había sabido guardar moderación en los placeres de mi juventud, me había formado una vida tranquila y dichosa y acerca de asunto de casamiento era inexorable; de modo que siempre encontraba medio, ya con razones ya con halagos, para poner fin á la propaganda conyugal de mi madre.

—Búsqueme vd., le decía yo, una muger como la de José y entonces veremos.

—Tú estás loco, las solteras con dos millones son un mito en Europa: pero con menos se puede vivir feliz, y aun en tu situación podrias hacer un casamiento de cariño y con una joven pobre, y adquirir así eternos derechos á su amor y á su reconocimiento.

—¿Está vd. muy cierta de que su reconocimiento bastaría para librarme de todo peligro conyugal? ¿cuántas veces no ha sabido vd. algunas de mis calaveradas en que los maridos hacían un papel bastante ridiculo? ¿quiere vd. que yo aumente ese martirologio?

—Sé que eres un pícaro, me decía, colocando mi cabeza sobre sus rodillas y pasando por mis cabellos sus afilados dedos, más porque has hallado algunas mugeres frívolas, vés á medirlas á todas por un rasero? Es preciso saber escoger, déjame buscar y verás como tengo buena mano.

—¿Es una lotería? Pues entonces le doy á vd. gracias, porque temería que me sacase un mal número. Créame vd., quedémonos siempre como estamos, porque nunca podría hallar una amiga que con vd. pueda compararse.

—Pero llegará el día en que no exista, y acaso entonces sientas ese aislamiento tuyo que ya me espanta, y si entonces quieres tomar una compañera, ¿serás todavía bastante joven para poder hacer la elección conveniente y arreglar el carácter de tu muger al tuyo? Así se disminuyen las probabilidades para ser dichoso.

—Si he de ser desgraciado, lo seré menos tiempo. Dejemos esas ideas, por lo menos tiene vd. que vivir treinta años; esperemos mientras.

Entonces me arrodillaba yo ante ella, la llenaba de caricias, y no sabiendo que responderme, me estrechaba contra su corazón.

Tres días después de su carta llegó José á París con su muger. Su primera visita fué naturalmente á nosotros. Estaba yo junto á mi madre cuando los anunciaron, y me sería imposible, querido Brevé, contarle lo que en mí pasó al ver á la muger de mi primo.

Nunca se había presentado á mi vista nada tan hermoso: era de estatura comun pero admirablemente proporcionada; entró haciendo esas ondulaciones de criolla; resbalándose mas bien que caminando sobre la alfombra, llegó junto á mi madre, y sin afectación ó con una gracia que nada puede explicarte, se inclinó ante ella y en seguida cogiendo su mano que respetuosamente besó; le dijo con armoniosa voz:

—Buenos dias, madre mia; levantándose al momento, me dió la mano diciéndome: buenos dias, primo.

Fué conveniente que en aquel momento mi madre estrechara á José en sus brazos, porque á no ser así, ignoro lo que él hubiera podido pensar acerca de mi admiradora actitud á la vista de su muger.

Entretanto me repuse, tendí maquinalmente la mano á José para felicitarle por su feliz llegada; después mientras que él informaba á mi madre de algunos pormenores relativos á su viaje, manifestándole su gran alegría por volver á verla, pude con mas atención examinar á su esposa.

Me había yo admirado de la sorprendente blancura de las mugeres inglesas, pero la de Magdalena era de tal transparencia, que no hallaba yo término de comparación. Sus cabellos negros y abundantes se alzaban en gruesas trenzas formando en la frente una diadema que ella hacia caer un poco sobre la frente como para disminuir la excesiva magestad; sus ojos negros y rasgados como una almendra, tenían una expresión suave y cariñosa; la nariz era derecha y delgada, y cuando sus purpurinos labios se entreabían, daban lugar á ver unos dientes de admirable blancura; el óvalo de su cara era perfecto y el cuello algo delgado pero graciosamente adherido á las espaldas, completaba un conjunto tan maravilloso, que atónito se preguntaba uno, si era posible que la naturaleza humana llegara á semejante grado de perfección.

Aun cuando la esposa de mi primo estuviese indudablemente acostumbrada á la admiración que en todas partes producía la vez primera que se presentaba,

pareció, sin embargo, que extrañaba la especie de estupor que me había causado, y su aire intranquilo me dió á entender que el fijar mas en ella mi vista, acabaría por ser hasta inoportuno.

Estuve entonces atento á la narración de José, que referia cuanto le era personal, sus trabajos, sus vigiliias, las dificultades de toda especie contra las cuales había tenido que luchar, en fin, los brillantes resultados conseguidos, preludio de los que todavía le aguardaban; nos informó como el director de la empresa, queriendo unirse con él completamente, le había propuesto que se casara con su hija, á quien había educado en un colegio de Calcuta, y él la había aceptado sin conocerla. Que él habría tardado dos ó tres años en volver á Francia, y mucho mas cuando su muger se hallaba en el principio de un embarazo, pero los trabajos á que con ardor se había dedicado, alteraron su salud, y su suegro, de conformidad con los facultativos, habían exigido que viniese él á respirar los aires patrios durante algunos meses, y á descansar de sus fatigas. Su muger, á pesar de su estado, quiso acompañarle.

Efectivamente estaba muy cambiado; el sol de la India había dado á su piel de color de aceituna el de hollín oscuro que hacia mas dura su fisonomía; los ojos se le habían hundido mas, el cráneo lo tenía desnudo y en la barba negra que cubria su cara y que llegaba hasta los ojos, se descubrian ya, aun cuando solo contaba veinte y siete años, muchos hilos de plata. En realidad estaba feo, sin que nada mostrara en su fisonomía su superior inteligencia.

Estuvimos todo el día juntos. José no cesaba en sus relaciones acerca de la India, en las cuales aparentaba yo gran interés, cuando me hallaba completamente absorto en la contemplación muda de su esposa. Esta hablaba francés con gran pureza, mas con ese acento inglés tan gracioso en boca femenina: en varias ocasiones tuvo impulsos de risa, que manifestaban un natural franco y abierto.

Al fin nos separamos, prometiéndonos vernos diariamente.

Apenas marchó ella, me encontré enteramente solo. Casi no la conocía y sin embargo experimentaba un sentimiento indefinible, desacomunado; me llevó mi alma consigo. ¿Me era ya entonces necesaria su presencia?

Mi primo vino á vivir cerca de nosotros para que su muger pudiese tener una compañera en mi madre, mientras él iba á ver á los antiguos profesores de su escuela, á estudiar los nuevos descubrimientos y á asistir á algunos cursos científicos; porque para aquella naturaleza de hierro el trabajo era la vida.

En cuanto á mí, desde aquel día no dejé á Magdalena, ya acompañándola á los teatros, al bosque, á los paseos, con su marido ó con mi madre, ya colocándome á su lado en la sala de donde yo no salía.

De este modo se me pasaron tres meses. Había yo renunciado el mundo y por rareza de tarde en tarde solia ver algun amigo. Felizmente nos hallábamos en estío, y sabes que en esta estación la gente de tono se ausenta de París.

Muy pronto comprendí mi madre lo que por mí estaba pasando y se puso alarmada; no se atrevía á manifestármelo á las claras, pero dejaba escapar ciertas frases indirectas acerca del trastorno que los hombres suelen ocasionar en el corazón de las mugeres mas virtuosas, cuando para satisfacer una pasión pasajera, no vacilan en comprometer su honor... señaladamente insistía en la indecorosa acción del que abusase de la confianza de un amigo, de un pariente y en las consecuencias fatales que semejante amor podría traer consigo... muy transparentes eran sus alusiones, mas para evitar toda explicación, había yo siempre aparentado que no las entendía y que las consideraba como generalidades que no podía aplicarme.

Respecto á Magdalena, era imposible que la asiduidad de mi respetuosa adoración se le hubiese ocultado, aunque no le dije ni una sola palabra.

Procuraba yo adivinar en sus ojos el menor deseo, á fin de escusarle el trabajo de manifestarlo. A hurtadillas le echaba unas miradas ardorosas, y aunque debía conocer que estaba viviendo en una atmósfera de amor, seguia manifestándose el mismo aire gracioso y natural que en el principio había tenido. A veces se hubiera creído que un pensamiento oculto la asediaba: con frecuencia parecia estar distraída y dominada por una preocupación, y si en esos instantes se le dirigía la palabra, un estremecimiento casi imperceptible indicaba que estaba poseída de una idea, no tenía ese estremecimiento si era yo quien le preguntaba. Su voz poseía entonces el encanto de una melodía celestial, y se hubiera creído que respondía á su propio pensamiento.

José había felicitado sinceramente á mi madre acerca del cambio operado en mis costumbres y acerca de lo formal de mi carácter, y mi madre, muy confu-

sa, no se atrevió á decirle que semejante cambio había empezado el día de su llegada. A fin de motivar mi continuada permanencia en casa, le dije á mi primo que, dominado por la ambición, me estaba dedicando al estudio de la política. Conocía yo su antipatía á esta rama de los conocimientos humanos y estaba seguro de que nunca querría ver mis trabajos. Respecto á conocer mi adoración á su muger, era para esto demasiado buen marido. Por otra parte, con ese amor propio del sabio, elevado á su última potencia, hubiera creído que injuriaba á su muger, suponiéndola capaz de experimentar cualquier sentimiento en favor de un hombre de ordinario mérito. A esta convicción indudablemente debía atribuirse su negligencia en los cuidados minuciosos de la vida comun; vestido como un hombre rico, su traje carecia de elegancia, y su calzado de delicadeza; llevaba siempre descompuesto el cabello y el uso de los guantes le era insoportable.

Entretanto la preñez de Magdalena había hecho evidentes progresos, sin perjudicar nada la frescura de su cutis ni la delizadeza de sus facciones: apenas le faltaban dos meses para el temido desenlace, cuando una mañana á la hora de almorzar, nos vimos entrar á mi primo con una carta en la mano, descolorido y con los ojos centelleando fuego.—Madre, dijo,—había continuado siempre dándole este nombre,—acabo de recibir una carta de mi suegro, que me ha puesto en la mayor desesperación: una sublevación de indios ha estallado en el Pendjand; ha sido prontamente reprimida, pero se han quemado los talleres y destruido las obras que con enormes gastos había yo hecho para impedir la infiltración de las aguas en las minas, las que se han inundado, y nadie puede remediarlo. Mi suegro me escribe que si quiero salvar la empresa y cuanto poseo, debo marchar al momento, porque cada día de demora aumenta el desastre.—Para mí esto no sería nada, agregaba con melancólicos bríos; pues estoy cierto de que al instante que llegue habré reparado vuestras desgracias: me hallo con fuerzas para sujetar los elementos, ¿pero como he de marchar? mi muger, próxima al parto, no puede emprender semejante viaje, y antes que se restablezca pasarán muchos meses; muchos meses y antes de este tiempo todo será perdido.

—Pero, hijo mio, exclamó mi madre llevada de su buen corazón, ¿por qué no te vas solo y nos dejas á Magdalena? vendrá esta á vivir conmigo, la cuidaré como á una hija, y cuando totalmente se halle restablecida, irá á reunirse contigo. Acaso entonces se encuentre una familia honrada que que vaya á la India, á la cual se la pudiera confiar.

—Lo había yo pensado, contestó José, mas no me atrevía á decirselo á vd.: su corazón de madre ha salido al encuentro de mi pensamiento. Se lo agradezco sobremanera, y mi muger y yo le deberemos nuestra dicha; voy á comunicarle mis proyectos y la oficiosidad de vd., y dentro de tres dias estaré en Marsella.

Durante esta conversacion no hablé una palabra, bajando la cabeza para disimular la alegría que por mi semblante debió haberse difundido. Mi madre conoció muy pronto mi alteración, y en su silencio comprendí cuanto le pesaba la oferta que muy aceleradamente acababa de hacer, y en aquel instante descubria la grave responsabilidad que sobre sí tomaba y el peligro que había en aproximar de ese modo á dos naturalezas jóvenes y ardientes. No podía dudar de mi amor á Magdalena, y quizá sabia tambien los secretos sentimientos de esta para conmigo.

Las mugeres tienen tal delicadeza de observacion y tal perspicacia de sensaciones, que adivinan lo que á nuestros ojos pasa desapercibido.

Pero ya era demasiado tarde para mudar de opinion sobre su oferta; José tranquilo respecto á la comodidad de su muger, solamente pensaba en la ruina que le estaba amenazando y en los medios de evitarla; conocía que sus fuerzas se aumentaban con los obstáculos y aceleraba lo posible el momento de marchar.

Al tercer dia, segun había dicho, un tren directo del ferro-carril lo llevaba á Marsella y Magdalena tomaba posesion de mis habitaciones de soltero.—Por un sentimiento de pudor y de delicadeza había yo hecho renovar los muebles y tapicería y decidido no habitar bajo el mismo techo.

Mi madre que aprobó aquella determinación, conocía bien que si yo tomaba una habitación en la casa inmediata, no era para alejarme de ella. Magdalena no había dejado traslucir sus ideas; únicamente estaba agradecida á mi madre por la bondad que en aquella circunstancia le manifestara, aunque disgustada, segun decía, por el estravio que me estaba causando y muy apesadumbrada por la marcha de su marido...

—Ahora bien, si vd. gusta, le dejaremos tiempo para que se consuele, dijo interrumpiéndome la señora de Fourvières; porque ya es la una de la noche y si su amigo Gustavo estuviera aquí, creo que se hallaria muy complacido por habernos hecho olvidar nuestros hábitos.

Mas efectivamente esto es admirable, miren ustedes el papel que parece impreso, segun el cuidado con

que escribí. Creí que bastarían dos horas y apenas estamos en la mitad. Si vds. quieren, yo sé el desenlace y mañana podré hacerles un sucinto relato.

—Ya se guardará vd. bien, porque deseamos saber hasta los mas insignificantes pormenores, ¿no es así, señores? Con la mayor franqueza podemos manifestar á vd. el interés que en esta narración nos tomamos, porque su modestia no tiene nada que padecer, puesto que vd. no es sino el lector. Y á propósito de esto le recuerdo la resolución adoptada ya por unanimidad. Esta historia no se le pone á vd. en cuenta; debe darnos otra; con esta condición seremos muy amigos.

—Permitame vd., señora, le dije, respeto mucho su amistad, pero con una lectura que va á durar acaso dos ó tres noches, me parece que es cumplir los compromisos con bastante conciencia, para hallarme dispensado de una relación que necesitaría buscar en mis recuerdos, que le confieso á vd. que son muy rebeldes.

—Vd. inventará.

—¡Ah! señora, si la memoria no me falta; la imaginación no me es propicia. Vd. será bastante buena para contentarse con la historia de mi amigo.

—¡Para esto, no! semejante escapatoria no le valdrá.

—Pero ¿quiere vd. mi muerte?

—Vd. está muy bien colocado entre los vivos para que yo tenga semejante deseo; pero una novelita como las que vd. sabe hacer tan bien, creo que no acarrearía aquella catástrofe. Si carece vd. de inspiración, la hermosa claridad de una luna como la de esta noche, bastará para dársela.

Llovía á aguaceros. Nos separamos riéndonos.

—En el mercado de ayer se vendió el trigo desde 45 á 58 1/2 rs. fanega; la cebada nueva de 25 á 27; la algarroba á 40; carne de vaca de 45 á 52 rs. arroba y de 18 á 20 cuartos libra; id. de cerdo de 18 á 20 cuartos libra; id. de ternera de 86 á 97 reales arroba y de 38 á 51 cuartos libra; tocino añejo á 86 á 88 rs. arroba y de 34 á 36 cuartos libra; jamon de 110 á 116 rs. arroba y de 42 á 51 cuartos libra; aceite de 66 á 68 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; vino de 34 á 42 rs. arroba y de 12 á 14 cuartos cuartillo; pan de dos libras de 12 á 14 cuartos; garbanzos de 34 á 44 rs. arroba y de 10 á 16 cuartos libra; judías de 24 á 30 rs. arroba y de 8 á 12 cuartos libra; arroz de 30 á 36 rs. arroba y de 10 á 14 cuartos libra; lentejas de 16 á 20 reales arroba y de 8 á 10 cuartos libra; carbon de 7 á 8 rs. arroba; jabon de 60 á 61 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; patatas de 4 1/2 á 5 1/2 reales arroba y de 2 á 2 1/2 cuartos libra.

Por todo lo no firmado:—J. BERNAT.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 26 de agosto.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 49-45 c., y pequeños á 49-40.
Idem diferido, id., 44-40.
Idem del personal, no publicado, 19-65 d.
Acciones de carreteras, emision de 1.º de abril de 1850, de 4,000 rs., 6 por 100 anual, id., 97-75 d.
Idem de 2,000 rs., id., 95-75.
Idem de 1.º de junio de 1851, de 2,000 rs., id., 95-50 d.
Idem de 31 de agosto de 1852, de 2,000 rs., id., 100-25 d.
Idem de 1.º de julio de 1856, de 2,000 rs., id., 95-25.

Idem de obras públicas de 1.º de julio de 1858, publicado, 95-20 d.
Idem del Canal de Isabel II, de 1,000 rs., 8 por 100 anual, no publicado, 108-80 d.
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles, id., 92-50.
Acciones del Banco de España, id., 215.
Idem de la Compañía de los ferro-carriles de Madrid á Zaragoza y Alicante, id., 2,015.
Obligaciones de la Compañía de los de Madrid á Zaragoza y Alicante, con interés de 3 por 100, reembolsables por sorteos, id., 1,000 d.
Idem hipotecarias del de Isabel II de Alar á Santander, con interés de 6 por 100, reembolsables por sorteos, 137 1/4 por 100, id., 10,300 d.
Idem de la Compañía del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, id., 1,425 p.
Acciones del ferro-carril de Zaragoza á Pamplona, idem, 1,625 d.
Obligaciones de id., id., id., 960 d.
Idem del ferro-carril de Montblanch á Reus, id., 950.
Acciones de la Compañía del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, id., 1,845.
Obligaciones de id., id., 931.

CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 50-00
Paris á ocho dias vista, 5-23 p.

BOLSAS ESTRANGERAS.

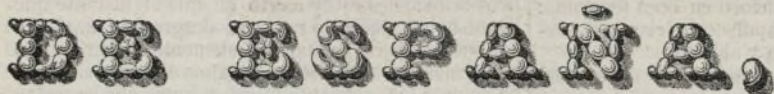
Paris, 26 de agosto de 1862.

Amberes 21 de agosto.—Interior, 47-75.—Diferida, 43-90.
Amsterdam 21 de agosto.—Interior, 48-3/8.—Diferida, 44 1/4.
Frankfort 21 de agosto.—Interior 48 3/4.—Diferida, 44 1/8.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

MADRID 1862.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

HISTORIA GENERAL



POR

DON MODESTO LAFUENTE.

¡Inútil fuera demostrar aquí, porque no hay nadie que no la reconozca, la necesidad que tiene nuestra nación de una historia general completa; escrita con algun criterio filosófico, acomodada en su forma y estilo al gusto y á las necesidades intelectuales del siglo; en que se averigüen y espresen las causas de los acontecimientos y el influjo que ejercieron en la condicion física y moral del país; las alteraciones y modificaciones que en su organizacion política ha ido recibiendo; la marcha que ha llevado la civilización; la fisonomía social de cada época ó de cada siglo; el desarrollo sucesivo de su religion, de su legislación, de su literatura, de su industria y de su comercio, y finalmente, cómo se ha ido formando este cuerpo social que llamamos nación española, hasta constituirse en el estado en que hoy la vemos. A llenar estos objetos se encamina y dirige la obra que hoy anunciamos, demasiado conocida y justamente apreciada para que necesitemos recomendarla. Se han publicado veinte y cinco tomos, que comprenden hasta últimos del año 1813, y seguirán los restantes que completan la obra, sin ninguna interrupción. Cada tomo consta de mas de 500 páginas en 8.º mayor: precio 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

EDICION ECONOMICA.

Agotada casi en totalidad la primera edicion de esta obra, á pesar del aumento que se ha hecho en la tirada de los últimos tomos y de haberse reimpresso los diez y ocho primeros, se está publicando una nueva en el mismo tamaño; pero en caracteres mas pequeños y márgenes mas estrechas, de modo que cada volumen de la edicion económica contiene la misma materia que dos de la de lujo, y como se venden á igual precio, resulta que la obra cuesta la mitad menos, y casi tanto como cualquiera otra de las historias que se anuncian de mas reducido volumen. Inútil es que nos ocupemos en demostrar las ventajas de esta publicacion; la HISTORIA DE ESPAÑA por don Modesto Lafuente es una obra de mérito incontestable; goza de tal popularidad y es tan útil y necesaria, que no habrá nadie, de seguro, que ponga en duda la conveniencia de facilitar los medios de adquirirla. La edicion que anunciamos, aunque económica, es clara y limpia, en buen papel y corregida por el autor.

Cada tomo consta de mas de 500 páginas en 8.º mayor: precio, 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

Se ha repartido el tomo VII.

EL CRISTIANISMO,

SEMANARIO

RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Se ha publicado el número treinta de este interesante semanario religioso, correspondiente al sábado 23 de agosto, y contiene lo siguiente:

Seccion doctrinal.—Contradicciones que ofrecen la incredulidad y la

Se suscribe y se hallan de venta todas estas obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en las librerías Americanas y de Baylli-Bailliere, calle del Principe; en la de Moro, Puerta del Sol; en las de Cuesta, Matute, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Panteones; en la de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Guijarro, calle de Preciados; en la Publicidad, pasaje de Mathieu, y en la de Hernando, calle del Arenal, donde tambien se reciben los anuncios para el MONITOR. En provincias por conducto de los correspondientes del Establecimiento ó enviando letra del importe.

religion, por don Francisco Pareja de Alarcon.—La filantropía; la beneficencia y la caridad, (IV), conclusion.

Seccion recreativa.—La heredera, (IV), continuacion.

Seccion bibliográfica.—Victor Hugo.—Los Miserables, por N. A.

Seccion de variedades.—Cartas sobre la exposicion de Londres, (I), por F. L.

Seccion de actualidad.—Revista de la semana.—Boletin religioso de la semana próxima.—Festividades mas notables de la semana.

La suscripcion cuesta 5 rs. al mes en Madrid, 18 en provincias el trimestre, 50 en el extranjero y 3 pesos en Ultramar. Puede hacerse en la Administracion de EL CRISTIANISMO, calle del Barco, 34, principal, en todos los correspondientes de este Establecimiento, y en las librerías de Aguado y Olamendi, teniendo en cuenta que empiezan con el año, y que aunque no ha salido hasta el 1.º de febrero, se cuenta como si fuese el 1.º de enero, porque la empresa resarce los números que faltan de este mes con igual número de pliegos de Biblioteca.

FOTOGRAFIA.

Se ha abierto el día 15 del corriente en la calle de la Montera, núm. 3, junto á la puerta del Sol, cuarto 3.º, un gabinete artístico-fotográfico, á competencia con los mejores de la corte; tiene una elegante y lujosa sala ricamente amueblada, para esperar las señoras y caballeros. Precio 40 rs. teniendo opcion á hacerse dos retratos, uno de cuerpo entero y otro de busto ó de silueta, á gusto de los concurrentes; y el precio de las tarjetas el ordinario de 4 rs.

ALBUM LITERARIO ESPAÑOL.

UN TOMO EN 8.º MAYOR.

Esta obra comprende una coleccion de artículos y poesías de nuestros mas célebres escritores contemporáneos, y forma la segunda parte de la Galería de la Literatura española, en cuya obra se examina el estado y progreso de nuestra literatura en el presente siglo, por las biografías y juicios críticos de las obras de casi todos los escritores cuyo nombre goza de merecida reputación; de manera que á cada artículo ó poesia del Album corresponde una biografía de la Galería.

Precio del Album: 16 rs. en Madrid y 18 en provincia.

La Galería está escrita por don Antonio Ferrer del Rio, é ilustrada con los retratos de Quintana, Lista, Nicasio Gallego, Burgos, Toreno y Martinez de la Rosa. Un tomo en 8.º mayor; precio 20 rs. en Madrid y 22 en provincia.

MANUAL DEL PROFESORADO

DE INSTRUCCION PRIMARIA, SUPERIOR Y ELEMENTAL.

Por DON FRANCISCO NARD, segunda edicion. Esta obra, de grandísima utilidad para los maestros de primeras letras y los cursantes en la carrera del magisterio, como lo prueba el hecho de haberse agotado una edicion numerosa en poco mas de un año, abraza las materias siguientes: Exámen oral.—Lectura y escritura.—Religion, con la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, la del cristianismo y cronología sagrada.—Moral.—Gramática de la lengua castellana.—Aritmética.—Sistema métrico.—Geometría (con láminas).—Dibujo lineal (con idem).—Geografía general y de España (con idem).—Historia general y particular de España, con cuadros de aquella y la cronología de esta.—Nociones de retórica, poética y literatura española.—Id. de álgebra.—Id. de física aplicada (con láminas).—Id. de química aplicada.—Id. de historia natural (con láminas).—Id. de agricultura.—Gimnástica (con láminas).—Consta de un volumen en 8.º mayor: precio, 16 rs. en Madrid y 18 en provincia.